

El joven Benito Pérez Galdós, retrato del pintor Massieu y Falcón.



La fachada marítima del centro antiguo de Las Palmas de Gran Canaria, a principios de siglo.

GALDÓS EN CANARIAS

Niñez y adolescencia del escritor isleño en su ciudad de Las Palmas de Gran Canaria

— JOSÉ PÉREZ VIDAL

“Omito lo referente a mi infancia, que carece de interés o se diferencia poco de otras de chiquillos o de bachilleres aplicaditos”. (B. Pérez Galdós, *Memorias*).

“Soy de los que opinan que en la historia de los hombres la de su infancia y adolescencia importa mucho, sobre todo cuando se trata de artistas, los cuales casi siempre siguen teniendo mucho de niños y adolescentes”.

“Y... nada sabemos de la infancia ni de los primeros años de pubertad de Pérez Galdós”. (Leopoldo Alas, “Clarín”, Galdós).

I

Antecedentes Dieciochescos

La ciudad de Las Palmas, capital de la Gran Canaria, está situada, de cara al mar y al sol, en la costa oriental de la isla. Desde el mismo borde del mar, se recuesta suavemente en

1

los riscos de San Roque, San Francisco y San Lázaro, que tiene a la espalda. Un barranco, casi siempre seco, la atraviesa por el centro, del monte a la playa, y la divide en dos barrios opuestos y bien caracterizados: Vegueta y Triana.

Vegueta es la ciudad señorial y antigua, con gris empaque de piedra y edificación apretada. Allí están la Catedral, la Audiencia, el palacio episcopal, las Casas del Concejo y las nobles casas de grandes balcones coloniales. Triana, a la otra margen del barranco, es la ciudad moderna y mercantil, de traza más alegre y desenvuelta.

En esta época del vapor, el avión y la radio, Gran Canaria, como todas las islas, ha roto y destruido su encantado

aislamiento. Una espesa red de comunicaciones la acerca y la ata a todas las tierras. La isla no está ya suelta y perdida en medio del mar. Antes, la isla sí era verdadera isla. Su vida se deslizaba como un largo sueño azul de mar y cielo. De tarde en tarde, la pesadilla del desembarco de un pirata o de una epidemia. Y pasado el susto, otra vez, al encalmarse los nervios, el largo e interminable soñar⁽¹⁾.

De tarde en tarde también, los espíritus menos adormecidos de la isla se esforzaban en sacudir la general mandorra; y, por un momento, inquietos afanes de cultura y progreso rebullían en el ambiente. Eran repentinos arranques, hijos casi siempre de un vivo contacto con el exterior: la llegada de algunos forasteros ilustrados o ricos en iniciativas; el regreso de algunos jóvenes isleños, de vuelta de sus estudios. Tanto unos como otros intentaban introducir las ideas o las reformas y novedades que habían conocido en la península o en el

extranjero; mas insensiblemente, la pesada indolencia del ambiente les iba ganando, y, al poco tiempo, ya todos sus afanes se habían apagado y extinguido.

Uno de estos momentos cargados de inquietudes, proyectos y felices realizaciones, se produjo en Las Palmas a fines del siglo XVIII. Las tendencias innovadoras de sentido práctico partieron principalmente de la Real Sociedad Económica De Amigos del País. Fundada en 1777 por el obispo fray Juan Bautista Servera, se dedica principalmente, como peninsulares de su clase, a fomentar la instrucción pública, la agricultura, la industria. Establece una academia de dibujo, mejora los procedimientos de salazón de pescado, estimula el comercio y la construcción de buques. Los nuevos rumbos culturales irradiaron, más bien, del Seminario Conciliar. El mismo obispo Servera lo había fundado en la casa de los extinguidos jesuitas y lo había dotado con los mismos bienes de éstos. Sin embargo, las doctrinas que en aquellos primeros tiempos se enseñan en el nuevo centro son muy distintas de las profesadas por los discípulos de San Ignacio. Las últimas tendencias de la filosofía francesa habían penetrado audazmente en sus aulas y se habían apoderado de la juventud, con gran escándalo del Santo Oficio⁽²⁾.

En las clases más elevadas de la sociedad, en el alto clero incluso, bullen entonces insaciables ansias de novedad, y se presta fervorosa acogida a las ideas más atrevidas. Los alijos de libros prohibidos son esperados con codicioso afán por los empelucados señores. Los practican, en sus viajes de retorno, los mismos barcos que conducen al extranjero los agrídulces malvasías de las islas. Y la posesión y lectura de estas obras, sin gran miedo al Santo Tribunal, cada día menos temido, constituyen una nota de distinción y de buen tono⁽³⁾.

Luchas por la Hegemonía del Archipiélago

En aquel ambiente dieciochesco, tan cargado de apetencias culturales, el proyecto de instaurar una Universidad concentró los empeños más tenaces y sostenidos de las islas. Los padres sentían viva inquietud cuando tenían que enviar a sus hijos a cursar estudios superiores en la península, entonces distante. Pero lo que fué un deseo común de todo el archipiélago, se convirtió bien pronto en un mar revuelto de discordias y luchas. Las Palmas, de Gran Canaria, y La Laguna, de Tenerife, alegaron tezadamente y justificaron con opuestas ra-

zones los méritos de cada una para que se les concediera la Universidad. Los dos ciudades lucharon con el más apasionado empeño por alcanzar la alta institución. Por eso, cuando, en 1792, una real cédula se la concede a La Laguna, la frenada porfia de ambas poblaciones estalla en abierta rivalidad⁽⁴⁾.

Esta contienda interinsular, no interrumpida ya ni un instante, empezó a absorber la atención y las iniciativas de los canarios, y aquel movimiento cargado de afanes culturales se fué debilitando y casi se paralizó. A poco, la situación especial en que se encontraron las islas durante la guerra de la independencia y la obligaciones que ésta le impuso, ale-



Benito Pérez Galdós, caricatura de F. González.

jaron aún más de los isleños sus inquietudes y preocupaciones intelectuales. La Laguna y Las Palmas se disputan ahora la hegemonía administrativa del archipiélago. En esta nueva ocasión, también La Laguna tiene la suerte de ver realizadas sus aspiraciones. Su Junta Suprema es reconocida, al menos en los primeros momentos, como único órgano de gobierno de la provincia, y a sus miembros —¡primordial atención en aperturas de guerra!— se les conceden fachendosos y brillantes honores. Esta nueva contrariedad aumenta aún más el desánimo y el decaimiento general en

Gran Canaria. La isla vive días tistes y cerrados, sin una ventana a la esperanza. En este estado de indolencia, un grave suceso —la conducción a Tenerife del regente y del fiscal de la Audiencia— produce una general reacción. En medio de una explosión de exaltadas pasiones se reúne en Las Palmas un Cabildo permanente, que por aclamación adopta importantes acuerdos: no reconocer a la Junta Suprema de La Laguna, enviar una diputación a la Junta Central, publicar un manifiesto... Pero junto a estas disposiciones determinadas por la lucha sostenida con Tenerife, no se olvida lo necesario para contribuir a la guerra, mucho más importante, que se libra en la península por la independencia: El Cabildo acuerda equipar y enviar a Cádiz el batallón de granaderos de Gran Canaria⁽⁵⁾.

El Batallón de Granaderos de Gran Canaria

El entusiasmo era mucho, pero los recursos escasos; en la isla no había los elementos indispensables para equipar correctamente un batallón. No fué posible proveer a todos los soldados del uniforme de chaqueta azul y pantalón blanco; tampoco hubo fusiles para todos, ni todos los fusiles que pudieron reunirse eran iguales. La misma irregularidad del equipo se daba también en la procedencia y condiciones de los soldados y de los jefes oficiales; de los primeros, unos eran ya veteranos, otros bisoños; y entre los oficiales, junto a los ya probados, había los de necesaria improvisación.

El patriotismo y la buena voluntad suplió, sin embargo, todas las deficiencias, y, el 5 de abril de 1809, los granaderos canarios, a las órdenes de don Juan María de León, zarparon en una flotilla de cinco naves, rumbo a la península. Iba entre ellos, como capellán, el joven presbítero don Domingo Pérez Macías y, como subteniente, su hermano don Sebastián, estudiante, a quien, como a otros, el Cabildo había concedido la improvisada graduación. Son los únicos miembros del batallón expedicionario que aquí nos convendrá recordar⁽⁶⁾.

Fiebre Amarilla, Abandono y Monotonía

En Las Palmas, fué aplacándose poco a poco el hervor de la contienda interinsular. El apaciguamiento se acentuó al conocerse la disposición de la Junta Suprema Gubernativa en que se ordenaba el cese tanto de la Junta de La Lagu-

na como del Cabildo de Gran Canaria. Se restituyeron todas sus funciones a la Audiencia, a la Comandancia militar y demás organismos y autoridades que habían sido mediatizados o absorbidos por aquellos cuerpos patrióticos, y la normalidad volvió a reinar.

No fué, sin embargo, muy duradera esta tranquilidad en una isla, cuyo sino parecía que era vivir en continuo sobresalto.

Un nuevo golpe, pero éste con terribles proporciones de tragedia, no tarda en caer sobre ella. La desafortunada capital es quien principalmente lo recibe y padece. Al favor de su escasa limpieza, una fulminante epidemia de fiebre amarilla se propaga con impresionante rapidez entre sus habitantes. En un momento, el número de atacados y muertos es tan elevado, que no hay medio de atender a tanto desastre. La población,

llena de pánico, huye hacia zonas del interior de la isla, exentas, por su altura, del contagio. En la ciudad, amarilla de muertos y enfermos, sólo quedan las personas indispensables para la sanidad y la asistencia.

Esta calamidad produjo una impresión hondísima en la isla. El dolor dejó aletargados los espíritus y desterró de ellos toda fina y elevada apetencia. Años y años pasaron sin que en aquella población, decaída y aplanada por tantas adversidades, surgiera de nuevo la ilusión de levantar el tono de su vida. Del ilustrado hervor que había agitado el ambiente en los últimos años del siglo XVIII, apenas si quedaba, en una selecta minoría, un cohibido recuerdo. En alguna contada ocasión, ráfagas de movimientos políticos peninsulares sacudían fugazmente los ánimos, la isla correspondía a tono con la calidad del estímulo y, pasado éste, volvía a ador-

meerse. Fué el caso, por ejemplo, de lo sucedido durante los *dos mal llamados años*. En Las Palmas se proclamó la Constitución, hubo la general bulla en periódicos y reuniones, y se eligió como diputado para las cortes liberales, a un liberal tan conspicuo y significado como el inquieto doctoral don Graciliano Afonso. Mas, restablecido el absolutismo, el doctoral emigró a América, la juventud liberal quemó sus libros y periódicos, y volvieron los días tranquilos, monótonos y sin afanes. El final del primer tercio del siglo sobrevino sin que se registrara ningún suceso digno de mención. El movimiento que había de hacer de Las Palmas una ciudad culta, moderna y populosa todavía no se anunciaba por ninguna señal ni síntoma.

A pesar de la dura advertencia de la epidemia de fiebre, la ciudad continuaba descuidada y sucia. Las calles, cuya limpieza tenían encomendada los mismos vecinos, estaban en su mayor parte mal empedradas y sin aceras; algunas carecían hasta de nombre. El tránsito rodado en ellas era completamente desconocido, y no había más medios de locomoción y transporte que las caballerías y las corsas o rastras. Fuera de los murallones, que intentaban en vano cerrar la ciudad por el sur y el norte, las estrechas y antiguas veredas de la época de la conquista constituían las únicas vías de comunicación insulares.

El comercio, la industria y la agricultura se hallaban aún en un estado rudimentario y pobre. Toda la instrucción, aparte de las cátedras del Seminario, estaba a cargo de algunas amigas y de dos escuelas de primeras letras: una en Vegueta y otra en Triana. La academia de dibujo había sido cerrada a causa de los escándolos que los alumnos producían al salir de noche de las clases. No faltaba alguna que otra persona culta; pero, en general, dominaba una despreocupada incultura. No existían parques, ni paseos, ni casinos, ni sociedades con fines recreativos o artísticos. El único ateneo estaba representado por la concurrida y popular botica de *las cadenas*. En ella sí; allí se comentaban durante días y días las noticias que de tarde en tarde llegaban de la península en el místico *Buen Mozo*. Con ocasión de estos comentarios, que alternaban con la chismografía local, se dibujaban, cada vez con más fuerza y precisión, los dos principales bandos políticos de la ciudad: el liberal o *descamisado* y el servil o *casacón*. Pero a estas reuniones de la célebre botica no acudían, por lo general, sino personas de cierta gravedad y empaque. Las



El Gabinete Literario de Las Palmas fundado un año después del nacimiento de Pérez Galdós.

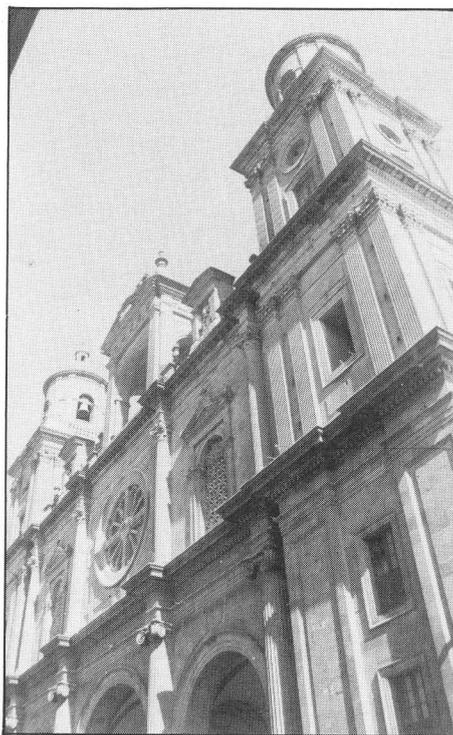
demás no tenían otras distracciones que pasear al atardecer por la calle de Triana hasta la puerta del mismo nombre. Por la noche, había reuniones en las casas, y en ellas continuaban los comentarios y la buena y mala crítica. La murmuración estaba, por lo común, a cargo de las personas mayores, más conocedoras de la vida familiar e íntima de la población. Los jóvenes se preocupaban más bien de encubrir con inocentes juegos de prendas otros juegos más intencionados y menos inocentes.

Los únicos sucesos que alteraban un poco esta monotonía de la vida de la ciudad eran las fiestas de Semana Santa, Corpus, Nochebuena, alguna bulluciosa excursión a la iglesia de la Virgen del Pino, patrona de la isla, y las bodas y bautizos, casi siempre acompañados de bailes y... largos comentarios.

En las ocasiones de gran concurrencia, sobre todo en la inacabables funciones religiosas, era donde más sensible se hacía el tono triste, uniforme y descuidado de la población: ensombrecían el ambiente una legión de clérigos con sus negros trajes talares y sus canales desmesurados; los frailes, numerosos, con sus hábitos austeros; los hombres, enfundados en capas españolas, encubridoras con frecuencia de interiores desaliños; las mujeres, aprendices de fantasmas, con la negra tiesura del manto y saya; las hijas del pueblo, con flecos, también negros, en sus mantillas... El espíritu más alegre, emprendedor y decidido se estrellaba contra aquel espejo muro de negra y triste tradición⁽⁷⁾.

Movimiento Juvenil: "Los Niños de La Laguna"

Al comenzar el segundo tercio, encrepado y romántico, del siglo, se nota, por fin, un esperanzado alborear de nuevos horizontes; una brisa juvenil y desvelada agita y desempolva el espíritu de la isla y desentumece sus miembros. La iniciativa de este nuevo movimiento parte principalmente de los estudiantes de la isla que cursan Jurisprudencia en la Universidad de La Laguna: los célebres *niños de La Laguna*. Es un movimiento que tiene su primer manifestación en las repercusiones isleñas de la agitación revolucionaria que culmina en el motin de La Granja. Los móviles aparentes son las amplias y desmelenadas ideas liberales de la época. Mas, a espaldas de estos impulsos generales, o combinados con ellos, actúan con mayor influencia otros más limitados, de ambiente local o isleño. Las cuestiones relativas a las elecciones pa-



La catedral de Santa Ana próxima a la casa natal de don Benito.

ra diputados a Cortes se relacionan estrechamente con las disputas entre Tenerife y Gran Canaria sobre la capitalidad de la provincia; del programa de reformas anunciadas para cada legislatura, preocupan sobre todo las que pueden tener repercusión en la mayor o menor supremacía de una u otra isla: la reorganización de las audiencias, el arreglo de las catedrales, las mejoras en la enseñanza... Se achican y empequeñecen las grandes cuestiones; pero este empequeñecimiento supone una adaptación de las mismas a las necesidades y aspiraciones de la isla. Los problemas pierden categoría y grandeza, pero ganan en vida. La rivalidad interinsular es un estimulante antagonismo. La disputa tiene como todas desagradables aspectos, maliciosas torceduras, mas la contienda determina la emulación, mantiene los espíritus atentos y vigilantes. Por ella, el movimiento debido a los *niños de La Laguna* agita profundamente la vida isleña y logra una continuidad casi ininterrumpida. El brillante proceso que convierte la ciudad de Las Palmas, hasta aquel momento dormida y sucia, en la capital activa y moderna de hoy, puede decirse que tiene entonces su origen y comienzo.

Un grave contratiempo estuvo, sin embargo, a punto de paralizar, casi en sus comienzos, aquel patriótico hervor. La fiebre amarilla hizo su reaparición en noviembre del año 1838, y ya todo el mundo no pensó sino en ponerse a salvo. La población se trasladó rápidamente a los campos en un veraneo de San Martín, gregario y forzoso. Mas, tan rá-

pida fué entonces la huida, que la enfermedad apenas hizo víctimas, y, a poco, desapareció por la llegada del invierno.

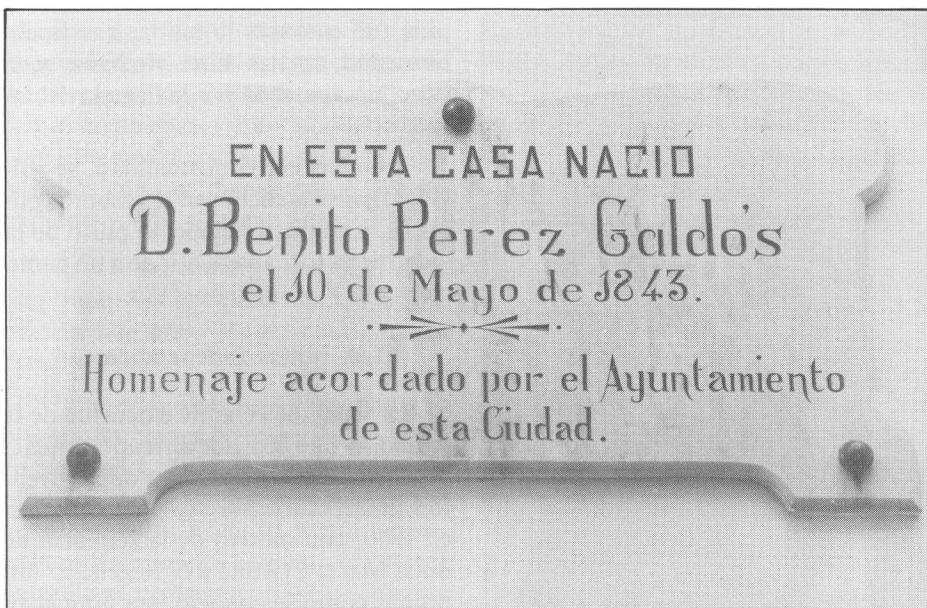
Restablecida la normalidad, se volvió a fijar la atención en los asuntos públicos, y, al poco tiempo, el pulso de la vida isleña tornaba a latir con un ritmo creciente y prometedor⁽⁸⁾.

Las Juntas Independientes

La señal más clara y elocuente de la vitalidad que iba adquiriendo aquella población con el fermento de la juventud universitaria surgió, poco después, en 1840, con motivo de la renuncia de dona María Cristina a la Regencia. Tan pronto como se conoció esta noticia en Las Palmas, levantóse el pueblo al grito de ¡Viva Isabel! y se constituyó una junta de gobierno a imitación de las otras provincias. La junta se proclamó fiel a los principios progresistas y, como era de esperar, independiente en absoluto de las autoridades provinciales de Tenerife. Este juego político de las juntas independientes se va a repetir en Las Palmas, a través de todo el siglo XIX, siempre que una agitación política nacional deja en cierto abandono el gobierno de las provincias. Aquella, la progresista de 1840, duró, como todas, hasta que el gobierno central se consolidó y ordenó que se disolviera. De su efímera gestión, quedó en Las Palmas como recuerdo el derribo del convento de Santa Clara, la aparición del *Boletín Oficial*, primer periódico de las islas, y una saludable sacudida de ánimos...

Las esperanzas que gran parte del pueblo canario había puesto en la política esparterista se fueron esfumando rápidamente ante las disposiciones desfavorables de las autoridades provinciales y la absoluta inhibición del gobierno respecto de los problemas de las islas. En consecuencia, la mayoría de los elementos representativos del movimiento progresista de 1840 en Las Palmas, fueron apartándose de esta política y adoptando una actitud claramente antigubernamental. La misma juventud universitaria llegó a establecer contacto con el moderantismo.

Así se explica que, en 1843, al triunfar el movimiento moderado en Torrejón de Ardoz, fueran los mismos *niños de La Laguna* quienes solicitaran del Ayuntamiento de Las Palmas la adopción de medidas análogas a las de 1840. Y así se hizo: se proclamó la más leal adhesión a la coalición antiesparterista y se constituyó, igual que entonces, una junta gubernativa, independiente —



Casa natal de Pérez Galdós, en la calle Cano de Las Palmas de Gran Canaria.

¡como no!— de las autoridades provinciales de Tenerife. Su secretario era el mismo de la junta progresista del año 40: el joven letrado don Juan Evangelista Doreste.

Pero la vida de la nueva junta no discurre tan tranquila como había discurrido la de aquella. Un grave e inesperado incidente, que luego resultó tragicómico, altera la calma de uno de los primeros días de su corta existencia⁽⁹⁾.

Un Episodio Provincial

El mariscal de campo don Jaime Carbó, comandante general de la provincia, cree exageradas las noticias que se reciben de la península, y decide mantener el orden mientras no tenga informaciones más seguras. Los sucesos de Gran Canaria exasperan su disciplinaria formación militar y hierve en deseos de reducirlos enérgicamente. Tiene, sin embargo, más fanfarria que fuerza. No puede disponer de la tropa y, si pudiera, tampoco tendría buques para transportarla. Ante tanta dificultad, ordena al segundo cabo de la provincia que se traslade a Las Palmas a intimidar a los jefes de la milicia provincial y nacional. Espera que, con este recurso del miedo y la amenaza, tal vez pueda establecer el orden y disolver la junta. Esperanzas vanas... Mas, como el superior manda, allá va el anciano brigadier don Fausto del Hoyo, bigote y charrasco, mareado y dando tumbos, en el ridículo e inofensivo guardacostas que tiene a su cargo las del archipiélago.

En Las Palmas, mientras tanto, creyendo que Tenerife se ha adherido también al movimiento, se vive, con la mayor despreocupación y confianza, en el feliz y patriótico ambiente de su pasajera independencia. La noticia, transmitida por la atalaya, de la proximidad del minúsculo buque, causa, pues, en los ánimos, una fuerte reacción de coraje y sorpresa. Se cree, con ceguera producida por el apasionamiento localista, que el guardacostas conduce tropas, no sólo para ahogar el movimiento, sino también para humillar a Las Palmas. Una explosión patriótica estalla. Toda la población, exaltada y frenética, se lanza a las calles. los toques alarmantes de generala se mezclan con el alborotado rebato de las campanas. Los miembros de la junta corren hacia el ex-convento de San Agustín; allí se constituyen, con toda urgencia, en sesión permanente. Los milicianos y artilleros provinciales también se apresuran a reunirse y organizarse. La sección de caballería de los nacionales se escalamina espontáneamen-

te en el camino del Puerto. La muchedumbre, arrebatada por la violenta oleada patriótica, se ofrece a la junta. Todo el mundo corre, vibra y hace algo..., o hace que hace.

Sólo el gobernador de la isla, don Tomás Fajardo, no sabe qué hacer. Por una parte, ha prestado una ambigua adhesión a la junta; por otra parte, está obligado, como militar, a guardar obediencia a su general. El conflicto es grave. ¿Qué partido seguir? ¿Qué actitud adoptar?. Más que las ideas, le preocupan la conveniencia y el deber. Y su deber será juzgado por el partido que triunfe. Lo mejor será tomar precauciones y esperar a que le orienten los mismos sucesos.

Trazado este plan, hace tomar las armas a la guarnición, y se encierra con ella en el castillo del Rey. Allí se mantiene a la expectativa, la mecha sobre los cañoneros, dominando el puerto y la ciudad.

El guardacostas, en todo este tiempo, se ha ido acercando, y se encuentra ya a corta distancia de tierra. La milicia nacional ha salido a tambor batiente y con bandera desplegada y ha tomado posiciones junto a la puerta de Triana. En el castillo de Santa Ana, los milicianos artilleros también se han instalado en nombre de la junta. El cuñado y las precauciones se extreman y multiplican porque ha entrado la noche. A lo largo de los Arenales, se han colocado centinelas avanzados para que vigilen y comuniquen las maniobras del buque. toda la ciudad se encuentra ya sobre las armas. La expectación y la ansiedad ahogan su resuello. En la oscuridad de la noche, parece que la población se ha muerto. Todo el vecindario, sin embargo, está en su sitio, armado y esperando.

De pronto, una noticia corre desde los centinelas más avanzados a la junta: *¡No vienen tropas, sino un emisario! ¡No vienen tropas, sino un emisario!...* Y una reacción de desahogo descarga la ansiedad y la incertidumbre de los pechos. Una sensación de alivio y, al mismo tiempo, para algunos, de desilusión. Muchos hubieran preferido demostrarle a las autoridades de Tenerife de lo que era capaz la Gran Canaria por defender su independencia... Pero mejor ha sido así.

El emisario solicita permiso para conferenciar pacíficamente con los señores de la junta. Se le concede, desembarca y, en medio de una nutrida escolta de caballería, se le conduce a San Agustín. Las tropas, que con tanta hostilidad le han esperado, sirven ahora para cu-



Retrato de Juventud de Benito Pérez Galdós

brirle la carrera. Hay en este acto, no solo un honor a sus años y a su graduación, sino una cuidadosa precaución de que no se comunique con nadie. El gobernador de la isla, no hay que olvidarlo, continúa indeciso y ya francamente sospechoso, encerrado en el castillo del Rey.

La romántica entrevista del brigadier con la junta dura solo unos breves momentos. No se falta a la cortesía por ninguna de ambas partes, pero el tono y el ambiente son muy poco amistosos. Tieso y bizarro el brigadier; prevenidos e inflexibles los miembros de la junta. El emisario, solemne e imperativo, expone su mensaje: conmina al patriótico cuerpo a que se disuelva, e intenta persuadirle de que va a comprometer al país sin ninguna ventaja para las ideas que defiende. La junta rechaza resultadamente su conminación y le despide con todos los respetos. La escena ha sido emocionante. De un velón reblandecido ha resbalado una gruesa lágrima de cera.

Don Fausto del Hoyo, rodeado por la escolta y la oscuridad de la noche, pasa de nuevo, entre la tropa y el silencio, camino ahora del embarcadero.

Despejada ya la incógnita de la inquietante visita, la junta, envalentonada por el apoyo popular, decide aclarar también la actitud de Fajardo. Aprovecha la exaltación de las milicias y le pone sitio en toda regla al castillo del Rey. Su rendición no resulta difícil porque ya no hay motivos para justificar una resistencia. Más que la privación de agua y de víveres, es la falta de moral la causa de la rápida entrega de los sitiados. Fajardo ya no vacila y reconoce públicamente la autoridad de la junta.

Así, en un exaltado ambiente de patriotismo y triunfo, termina este extraordinario episodio de la historia insular. La rapidez de su desarrollo, la unánime colaboración popular y el acierto de los dirigentes y de sus decisiones demuestran la vitalidad y madurez alcanzadas

por aquel movimiento juvenil en Gran Canaria. Sus ideales no son, como pudiera creerse juzgando por estos primeros pasos, de destrucción y subversión. Las señales inconfundibles de su vigoroso sentido constructivo no se van a hacer esperar. Algunas de ellas hasta se ofrecen ya, prometedoras, a la vista⁽¹⁰⁾.

Episodios Particulares y Nacionales

Antes de que nos detengamos a enumerarlas y examinarlas, resultará conveniente, sin embargo, que paremos la atención y nos fijemos en un militar: el gobernador del castillo del Rey, cuando don Tomás Fajardo se encerró dentro de la fortaleza con la guarnición. Aunque muy cambiado por la edad, no es difícil reconocer en él a don Sebastián Pérez Macías, aquel subteniente que, treinta años atrás, embarcara con el batallón de granaderos de Gran Canaria rumbo a la península. Iba entonces en compañía de su hermano, el presbítero don Domingo capellán de las fuerzas expedicionarias.

En la lucha contra los franceses, los soldados isleños, que en tierras peninsulares lograron mejorar algo su instrucción y su armamento, intervinieron en varias acciones y se comportaron honrosamente. De modo especial, se distinguieron en el sitio de Cádiz, donde, con gran arrojo, se lanzaron a construir una batería en uno de los lugares más combatidos por el enemigo.

Los méritos adquiridos en campaña le valieron a don Sebastián para asegurar y hacer efectivo aquel improvisado y provisional nombramiento que el Cabildo le había conferido. Y su vida se orientó ya hacia la milicia⁽¹¹⁾.

De la expedición a la península, don Sebastián había escrito unos breves *Apuntes*; se componían de una nota escueta de la plana mayor del grupo, y de una somera relación de sus actividades bélicas: los preparativos en Cádiz, la marcha a Extremadura, el regreso a la isla de León, la intervención en la batalla de Chiclana y, por fin, la vuelta a las islas en la conducción de quinientos prisioneros franceses. Eran unos apuntes sin detalles, ni apreciaciones, ni adjetivos, en los que había tanta sencillez como modestia⁽¹²⁾. Mucho más interesante era la relación que con el mismo motivo había escrito su hermano don Domingo. Aunque lastimosamente mutilada, todavía se conserva. Su título no puede ser más explícito: *Viaje que hice desde Canaria con la columna de Granaderos que pasó a la Península*

cuando la guerra con los franceses⁽¹³⁾. Esta relación del presbítero es muy distinta de los apuntes del militar. Aunque tampoco presenta preocupaciones ni afeites literarios, es riquísima en detalles y sabrosos comentarios. Su autor, más que un observador fino y agudo, parece un curioso irresistible que todo lo escudriña. No hay local donde no se meta, ni lugar de aglomeración y bullicio a que no acuda con su mirar inquisidor y refitolero. Lo mismo asiste a una función religiosa que a un baile; a una corrida de toros igual que a la bendición de unas banderas; a un hospital lo mismo que a unas comedias o a unos volatines.

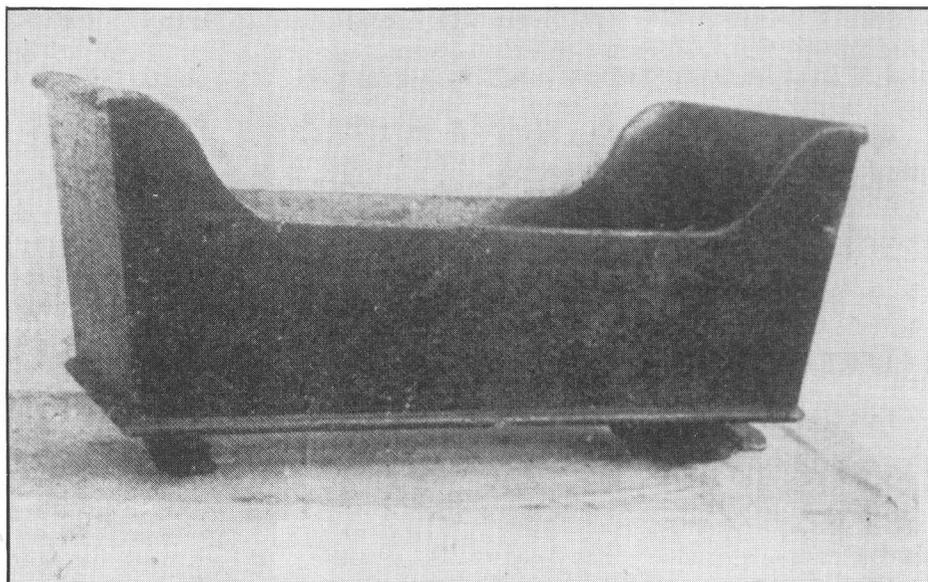
De todo juzga entre ingenuo y asombrado, sin que, a veces, falten a sus apreciaciones finos ribetes de ironía. Aunque es sacerdote, sus juicios no sufren violentas refracciones religiosas. Se le nota, sí, un poco preocupado por la moral y por la comida. Pero su moral no es sermoneadora ni hipócritamente pudibunda; ante actos o escenas que chocan con su formación, dice su parecer y pasa adelante. Su preocupación por la comida está justificada: Es preocupación general en tiempos de guerra. Además, él va en un batallón, y ya es sabido que los pueblos retraen sus provisiones ante la llegada de fuerzas militares, que entran en ellos como plagas. La relación produce, así, una vigorosa impresión de sinceridad y humanidad, que es su principal valor y mérito. A veces, es tan minuciosa la narración y tan ajustada la observación de los hechos, que surgen escenas y cuadros de un colorido y realismo notables. Unos cuantos fragmentos nos darán idea, mejor que nada, de lo que son y pueden valer estas interesantes memorias. Veamos, por ejemplo, como nos habla el curioso capellán de una fiesta en Cádiz:

“Otra famosa función, aunque no de iglesia, gocé cuando vino el embajador inglés: esta fué una de las mayores concurrencias que he visto jamás; trató el comercio de obsequiar a este señor, para lo que se dispuso un baile en el Coliseo, que estaba iluminado y adornado con la magnificencia que podía una junta tan opulenta; había porción de salones con cuanta clase de licores y bebidas se podía imaginar, para cuantos querían entrar, con libertad franca para andarlo todo; al mismo tiempo, baile, aunque éste era un desorden muy grande. Había música inglesa y española. Esta función empezó después de las once y duró hasta que salió el sol. La casa estaba toda cercada de tropa para evitar algún desorden y también para que no entrase gentuza. En cuanto al bello sexo, digo que no espero ver tanto lujo, ni tanta independencia”.

No es mucho que así se exprese un sacerdote ante los refinamientos y desnudeces femeninas de la época del Directorio.

Veamos ahora como nos refiere las durezas y los descansos de las marchas:

“Salimos de aquí —de Lebrija— a las once de la noche camino a Villafranca, cinco leguas muy largas de camino muy llano; hay una marisma que cansara a un santo; tierra inculta muy llana; allí se podía ver una multitud de caballos que estaban comiendo yerba, pués aunque era en septiembre nos admiramos de caminar mucho terreno encontrando la yerba, aunque medio seca, pero sencilla, como dicen en mi tierra, sin que hubiesen llegado allí los animales. Cuando eran las nueve de la mañana, yo no podía sufrir la sed, y lo mismo creo que sucedía a muchos; encontraron una porción de fruteros... Y todos toma-



La cuna de Benito Pérez Galdós.



Un aspecto de Las Palmas a mediados del siglo XIX. (Oleo de don Amaranto Martínez de Escobar).

ron algo, menos yo, que tenía que decir misa cuando llegara, porque era domingo. Llegamos, en fin, a las diez de la mañana, y me fuí en derecha a la iglesia, donde luego que llegó la tropa, dije misa. Cuando concluí, me dice el beneficiado que fuera a su casa; entré en un cuarto que me pareció la cosa mejor del mundo, no porque lo fuese, sino porque yo estaba muerto de calor, y aquella habitación estaba muy fresca y con unas macetas de albahaca en la ventana que encantaban; antes de que tomase el chocolate, tomé un gran vaso de agua con muy ricos panales; en tanto que tomaba el chocolate, una hermana del beneficiado preparaba una magnífica cama en el mismo cuarto, y aunque yo, por cortedad, no quería, me hizo acostar”.

A veces se detiene en describirnos las ciudades y los pueblos; otras, en cambio, resume la descripción en cuatro rasgos; por ejemplo, la de Monasterio:

“El pueblo —dice— es algo mejor que los antedichos: las casas casi todas son lo que llamamos terreras; tiene mucha vecindad. La iglesia es muy indecente, las imágenes muy ridículas; aquí estuvo mucho tiempo nuestro cuartel general”.

Como final de estas muestras de la relación del capellán, véase el vigoroso realismo de esta pintura de un párroco que encontró en un pueblecito de Extremadura:

Mi alojamiento fué en casa del cura: desde que entré me incomodó el ver

que, dentro de la misma sala, había un ventorrillo, y que una sobrina del señor cura estaba despachando vino aguardiente, con cuyo motivo aquello estaba lleno de soldados... La cama que me pusieron fué un colchón en el suelo con una sábana de lienzo muy basta y una colcha de lana. Al día siguiente mataron una puerca que tenía una porción de hijos ya muy grandes y empezaron a despachar en la misma puerta de la casa; yo mismo vi al señor cura cortando pedazos y despachando con mucha paciencia. Ignorando yo que fuese una puerca preñada (que luego supe todo por mi asistente), le dije a éste que sin decir que era para mí, hablase por un pedazo de asadura para un compuesto, y al punto me sirvió el señor cura con un pedacito, que costó al asistente veinte y ocho cuartos. Había una higuera en el patio y muy de mañana mandó el señor cura a su criada que cogiese los higos, encargándole que cuidase si comía uno, y luego que estaban en venta, tomó un plato y dijo a mi asistente: — Toma, para tu amo, que son muy buenos; cuestan diez cuartos... Había una porción de uvas colgadas y unas cuantas sandías. Dijo mi asistente que si venderían una para mí, y al instante dijo el señor cura que, por ser para el capellán, con mucho gusto; me costó a cuatro cuartos la libra y por desgracia salió muy mala. Con mi consentimiento, le robó mi asistente unos racimos de uvas, que fué lo único que cené la noche siguiente en Trujillo”...

No cabe mayor sinceridad ni realismo más descarnado y crudo.

De esta manera, un militar y un capellán, hermanos, habían vivido y anotado sus episodios particulares, y los nacionales, durante la guerra de la Independencia.

Bajo el Signo de la Revuelta Política

Al regresar a Gran Canaria, don Sebastián recibió en pago de atrasos y como premio a sus servicios, una modesta data en el Monte Lentiscal: una porción de terreno, cuya mayor parte dedicó a viñedo, y que aún conservaba⁽¹⁴⁾.

Mejorando de posición económica y ascendiendo en la milicia, fueron pasando los años y llegó el momento del matrimonio. Lo contrajo con doña María de los Dolores Galdós, y de la unión empezaron a nacerle hijos y más hijos.

Viendo así aumentar su prole, había llegado hasta aquel revuelto año de 1843, en que la disciplina y la incertidumbre le habían puesto en un aprieto, y las milicias populares en apretado sitio.

El final del tragicómico episodio ya se ha visto. El guardacostas, que tanto había alarmado a la población, solo conducía a un anciano brigadier con un inofensivo mensaje. Los ánimos, tan soliviantados al principio, en seguida se habían aplacado. El gobernador de la isla, ya sin moral, se había rendido y había reconocido públicamente la autoridad de la junta.

Más como hasta entonces no había habido ninguna víctima, aquel levantamiento iba a resultar un poco desairado. ¡Después de tanto estruendo no podía quedar todo de la misma manera!. En todo alzamiento quiere desahogarse la bestia. Por eso se incendia, y se asalta, y se derriba y mata. Pero en aquella ocasión, al ir a dar el zarpazo no se había encontrado enemigo. El mensajero había impuesto, por su condición de tal, los máximos respetos. El gobernador Fajardo se había rendido y proclamado amigo de la junta. Había que buscar a alguien sobre quien descargar la malhumorada sensación de chasco. Y el elegido fué el personaje menos importante de la farsa: el gobernador del castillo del Rey.

Al volver la milicia a su cuartel, la junta comisionó a dos de sus miembros para que comunicaran a los milicianos que habían merecido bien de la patria. Fué la ocasión que aprovechó la fiera para saciarse. La milicia pidió la destitución del gobernador del castillo y la petición no tardó en ser atendida. Don Sebastián Pérez Macías fué depuesto y enviado a su casa⁽¹⁵⁾.

Las consecuencias de este acto no fueron sólo morales. En el domicilio de don Sebastián, a medida que habían ido aumentando los hijos, habían ido creciendo también las necesidades. Últimamente, hacía sólo dos meses —el 10 de mayo— le había nacido el décimo hijo. A tan tierna edad, el pequeño Benito, mientras perneaba en su cuna, una cuna tosca en forma de artesa, no podía darse cuenta de la zozobra de su padre. Las encrespadas ondas de un movimiento político-militar de la península habían tenido especial resonancia en la isla, y habían lanzado precisamente sobre él su principal y última sacudida. Pero el hecho, en torno a un ser que entonces abría los ojos al mundo, parecía tener un inquietante valor de sino.

El Despertar Romántico

La junta siguió funcionando hasta que llegó un nuevo comandante general, don Fermín Salcedo, que la disolvió, y constituyó la Diputación provincial. De su actuación sólo quedó como recuerdo duradero la cración de varios ayuntamientos y la dedicación del solar del derruido convento de Santa Clara: parte a alameda pública y parte a la construcción de un teatro. Las necesidades de reunión y expansión iban sintiéndose cada vez con más fuerza.

Las aficiones teatrales existían en la isla desde muy atrás; últimamente, sin

embargo, al calor de la general inquietud cultural, se habían acentuado de modo notable. Hacía tres años, en 1840, se había constituido una sociedad dramática de aficionados con damas y caballeros de las principales familias de Las Palmas. Las funciones se celebraban en un teatro habilitado en la calle de los Balcones, y su producto se dedicaba a sufragar los gastos de mejoras generales. De esta manera, se había adquirido el instrumental para la primera banda de música y se había empezado a construir la alameda de Colón en el solar del derruido convento.

Con el éxito creciente de las representaciones, se había empezado a sentir la necesidad de un local más amplio y adecuado, y, para satisfacerla, la junta, antes de ser disuelta, había tenido el buen acuerdo de facilitar el solar para construir un teatro. Las obras, aunque hubo que vencer algunas dificultades, se realizaron con bastante rapidez y, a principios de 1844, ya estaban terminadas.

En el local del nuevo teatro —Teatro de Cairasco— se constituyó el 1.º de marzo de aquel año la sociedad el Gabinete literario, primer centro de instrucción y recreo de la ciudad; pero las actividades teatrales no se iniciaron hasta el 31 de enero del año siguiente.

Con el estímulo del buen resultado de los primeros proyectos, no tardaron en planearse otros nuevos. Ahora, además, era más fácil el brote y exposición de las ideas porque ya había un centro de reunión. Una de las que surgieron en el seno del Gabinete literario fue la felicísima de fundar un colegio de su primera y segunda enseñanza. Surgió con motivo de los comentarios sobre la supresión de la Universidad de La Laguna y no tardó en llevarse a la práctica. Se aprovechó el edificio que había sido convento de agustinos y, muy poco después, el colegio, que por su local recibe el nombre de San Agustín, abrió sus aulas.

Aquel mismo año de 1845 se instaura en Las Palmas una cátedra de Notariado y se funda la Sociedad Filarmónica.

De esta manera, con un ritmo sin precedentes en la isla, las reformas e innovaciones se suceden: aumenta el número de escuelas de ambos sexos, se mejora el pavimento y aceras de las calles, se contruyen caminos y puentes...

Este rápido y prometedor desenvolvimiento se ve de pronto trágica y repentinamente perturbado. Un buque infectado, procedente de Cuba, contamina del cólera a la población, y la epi-

demia se extiende hasta los más apartados rincones de la isla. Más de seis mil personas sucumben víctimas de la nueva calamidad. Durante varios meses, la isla vive, y, muere, completamente incomunicada. Las autoridades provinciales, por temor a que la enfermedad se propague a las restantes islas, llegan hasta quitar el timón a los barcos fondeados en el puerto. El comercio, la industria, la vida toda, convaleciente de pasados abandonos, sufre un terrible colapso. Menos mal que en seguida se reacciona.

Empieza entonces a agitarse el pensamiento de abandonar la pretensión de capitalidad y a activarse, en cambio, por todos los medios posibles, la de división de la provincia en dos independientes. Es una pretensión mucho más asequible.

Y, efectivamente, al favor de las simpatías que la desgracia del cólera había despertado en la corte hacia Gran Canaria, el 17 de marzo de 1852 se obtiene el decreto de división tan deseado. Lo lleva a Las Palmas el capitán del velero *Joven Temerario* y es recibido con las mayores demostraciones de satisfacción. Una alegría infantil, que no teme al mayor ridículo, enardece y agita los ánimos. Durante cuatro días, la ciudad se convierte en un trasunto de Jauja. Se reparte a todo el mundo ron y ponche del tan renombrado de *Señá Aniquita*. Y para que el bello sexo pueda también participar del general regocijo, se organiza un baile en el patio del colegio, de San Agustín. Ramas, flores y tarjetones alusivos engalanan las paredes. Tras el rigodón de honor, un vals compuesto con tan fausto motivo, el *Vals de la División*, canaliza con sus ritmos el desbordado barullo.

A las ventajas que se empiezan a lograr con esta reforma administrativa, se unen pronto —julio de aquel mismo año— las que comienzan a producir la concesión de la franquicia de puertos al archipiélago. Esta disposición sí favorece de forma eficaz y duradera el progreso de la isla: se intensifican las comunicaciones, se desarrolla el comercio, crece la riqueza y se incrementan los medios y recursos para realizar nuevas iniciativas y proyectos. La otra, la de la división, durará poco; en 1854, un nuevo ministerio la anula, y otra vez un solo gobernador vuelve a regir todo el archipiélago.

Ante esta contrariedad, Las Palmas no se desanima ni pierde las esperanzas de que se restablezca la división. La espera como consecuencia del cambio político que se presagia y lo prepara todo cuando llegue el momento. Y, en efec-

to, el mismo día en que se recibe la noticia del pronunciamiento de Vicálvaro, el pueblo se lanza a la calle con el retrato de Espartero y la bandera de la milicia nacional, y en un momento, entre vítores y cohetes, se constituye una junta de gobierno, suprema e independiente como las anteriores, y como todas fugacísima. Dura lo que el ministerio, producto de aquel movimiento progresista, tarda en normalizar la vida del país.

Pero así, entre epidemias, movimientos políticos y luchas interinsulares, la isla se mantiene desvelada y alerta y, unas veces a saltos y otras con paso firme, continúa su desenvolvimiento, empujada por una juventud inteligente e inquieta.

Aunque imperan corrientes románticas, no se descuida el aspecto económico. Una poderosa fuente de riqueza, la de la explotación de la cochinilla, se desarrolla también entonces. El bienestar de la isla es cada vez más seguro y alentador.



Las consecuencias del cambio de ideas y de circunstancias son cada día más expresivas. Se pone fin a las obras de la fachada de la catedral; se terminan de construir las Casas Consistoriales. Las publicaciones literarias empiezan a desarrollarse; el periodismo está ya representado por *El Porvenir*, *El Despertador canario*, *El Crisol*. El Ayuntamiento ha abierto al público una biblioteca y un museo; la Sociedad Económica organiza certámenes literarios... Frutos importantes de todo este movimiento cultural empiezan a salir de las prensas. Uno de los primeros y más sobresalientes es la *Historia de la Gran Canaria*, de Agustín Millares. El Primer tomo aparece en 1860; el segundo se publica el año siguiente. En él, resumiendo el desarrollo de Las Palmas y sus adelantos en los últimos años, el autor pone de manifiesto este elocuente contraste: "Si se compara lo que era en 1830 con lo que es hoy, se ve que sólo un cuarto de siglo ha adelantado más que en los tres siglos y medio que lleva el archipiélago de conquistado"⁽¹⁶⁾.

LA INFANCIA Y LOS PRIMEROS BROTOS LITERARIOS

II

Los Padres y la Casa

A fines del siglo XVIII, don Domingo Galdós y Alcorta, un "varón digno y virtuoso", natural de Azcoitia, pasó a Gran Canaria con el cargo de receptor del Santo Oficio. Su fortuna en la isla no fué muy próspera y, sobre todo, después de su matrimonio con doña Concepción Medina, no transcurrió su vida muy holgadamente. Su familia se

incrementó de modo comprometedor para su economía con los hijos que le fueron naciendo, y aunque trató de aumentar sus ingresos con actividades comerciales, parece que no pudo dedicar a éstas especial atención. Más de una vez se vió llevado y traído por enojosas cuestiones de dinero⁽¹⁷⁾.

Sin embargo, mientras vivió don Domingo, su familia, mal que bien, fué cubriendo sus necesidades con cierta dignidad y decoro. Los verdaderos apuros surgieron al morir él y dejar a los hijos aún pequeños. Los mayores apenas si habían entrado en la adolescencia. La situación económica de la isla era, por otra parte, muy difícil, y no se encontraba forma de sustituir los ingresos del padre. En el aprieto, la solución fué la de todos los canarios en análogas circunstancias: América. Los hijos varones, desde que pudieron, emigraron a Cuba⁽¹⁸⁾.

La ayuda y el alivio también empezó a llegar desde otra parte. Una de las hijas, María de los Dolores, contrajo

matrimonio, como ya se ha visto. Don Sebastián, su marido, hijo de labradores acomodados, tenía algunas propiedades en Valsequillo, al sur de la isla; en el trozo de terreno volcánico que le habían dado en el Monte Lentiscal, ya obtenía regulares cosechas de uva; y en Las Palmas, una casa que poseía en la calle del Cano le brindaba domicilio. En ella se instaló el nuevo matrimonio y con éste la viuda del inquisidor.

Hay quien ha dicho que doña María de los Dolores se casó más por necesidad y conveniencia que por cariño; pero esta afirmación, hecha a tanta distancia y sin ninguna prueba, parece no tener más valor que el de una simple suposición. En cambio, sí se presenta con visos de verdad la tradición del predominio que doña María de los Dolores ejerció en su hogar. Don Sebastián tuvo el sino de tantos militares de mandar en el cuartel y obedecer en casa.

La joven esposa era autoritaria, hacendosa y muy pulcra. Lo primero que hacía todos los días, al amanecer, cuando aún todo el mundo dormía, era darse un baño frío al aire libre, en un pequeño patio trasero. Después se dedicaba con gran energía a las labores diarias de la casa. Vigorosa y bien dotada para la maternidad, iba mostrándose, además, muy prolífica. Uno tras otro fueron naciendo los hijos, hasta diez. Al décimo, que también había de ser el último, se le puso el nombre de Benito⁽¹⁹⁾.

Los chicos jugaban y corrían en el patio principal de la casa: un patio con flores, y un pozo a la izquierda; a la derecha, había una serie de habitaciones bajas; en una de ellas, en la tercera, tenían los padres su alcoba. Arriba, la pesada balaustrada de los corredores del piso alto dominaba el patio. Y un zaguán húmedo, con recio portón de tea, servía de comunicación entre éste y la calle.

Al exterior, la casa presentaba una fachada estrecha; sus huecos se abrían reducidos y escasos; a la altura del piso principal, un balcón calado de celosías y, junto a él, una ventanuca; en los bajos, la puerta de la calle y otra ventana.

La calle del Cano, situada en el barrio mercantil de Triana, era entonces, como hoy, rectilínea y angosta. Empezaban en la de los Malteses, centro del comercio, y terminaba en la plazuela del convento de la Bernardas. Ningún tráfico rodado interrumpía su tranquilidad y su silencio. Cuando, de tarde en tarde, el coche del señor obispo, el de alguna familia aristócrata o la carreta del señor Torres pasaban rebotando sobre

los cantos rodados del pavimento, los vecinos de la calle —las vecinas y los chicos sobre todo— corrían a asomarse a las ventanas. Era un acontecimiento.

El ambiente de la casa de don Sebastián, con ser amantísimo, estaba impregnado del de la época, severo y grave. Las campanas de la torre vieja, al par que marcaban las horas de los oficios, regulaban la vida doméstica. A las ocho de la mañana, los toques del esquilón señalaban la hora del almuerzo; otro toque, a las dos de la tarde, anunciaba la comida; y por último, el toque de ánimas, a los ocho o las nueve de la noche, según la época, ordenaba la cena y el sueño. Durante la noche, bajo la alta vigilancia de la catedral, que de pie y desvelada sobre el cerro de San Antonio seguía dando las horas, todo el mundo dormía.

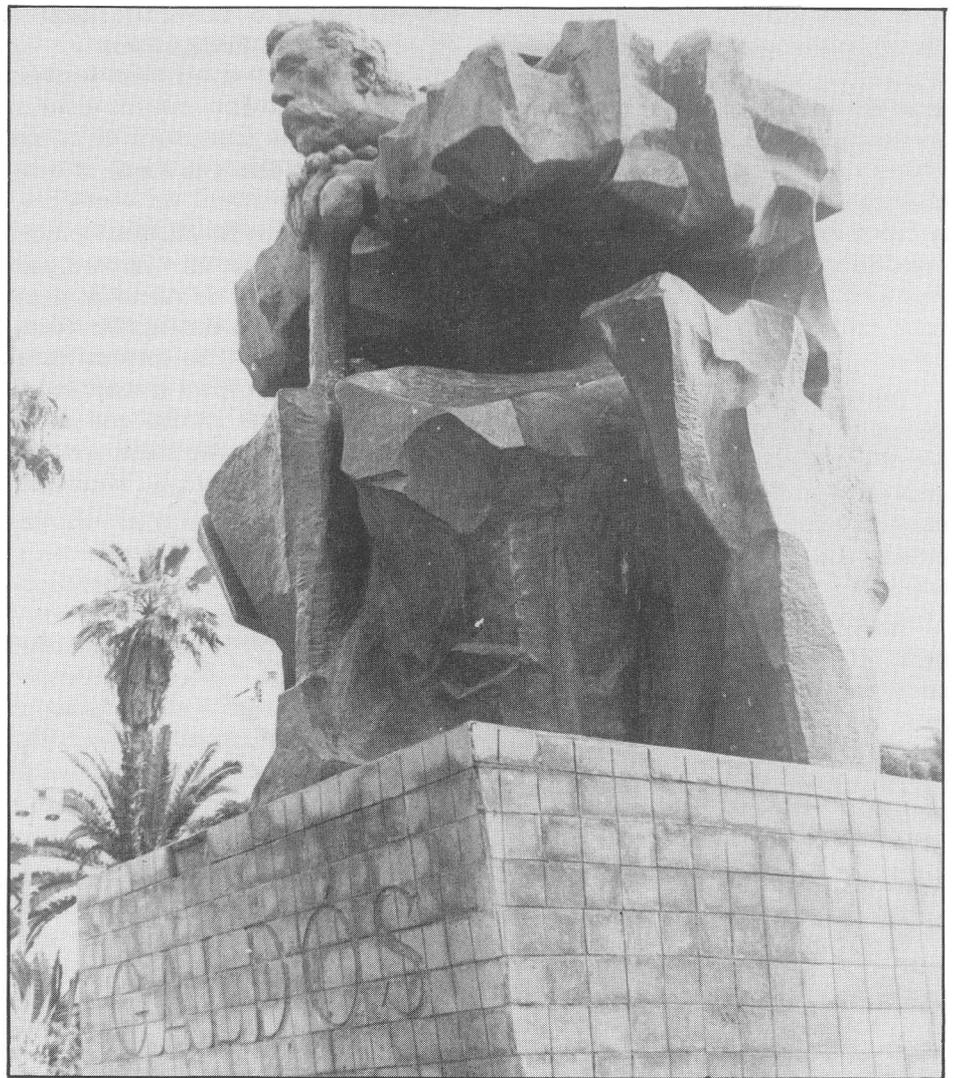
Los primeros años

En este ambiente, a un tiempo severo y cariñoso, iban creciendo Domingo, Ignacio, Tomasa, María del Carmen..., todos los hijos de don Sebastián. Los mayores ya se escapaban algunas veces a la calle y, a través de las tapias en ruinas del convento de las Bernardas, extendían sus correrías de chicos hasta las huertas de San Lázaro y el humildísimo barrio de pescadores de la Vica. Benito, como ningún otro hermano venía a desplazarlo del seno materno, prolongaba y abusaba de la lactancia con un isaciable instinto de goloso.

De los brazos de su madre pasaba a los de sus hermanas, que jugaban con él como con un muñeco. Algunas veces una criada, Teresa, lo llevaba a la calle o a la casa próxima de los señores de Calimano; una casa que era como una repetición de la suya. Las mujeres le hacían fiestas y lo regalaban con golosinas. Un día lo indigestaron y fué necesario consultar al médico don José Rodríguez —el médico de Carmen, como le llamaba el público—, que le recetó un vomitivo de Le Roy y un purgante. Fué una idigestión vulgar sin complicaciones ni consecuencias.

Durante la infancia no sufrió grandes desarreglos ni enfermedades mayores. Mas, si no era enfermizo, tampoco se crió robusto y fuerte. No era un chico vivo, travieso y atrevido. Tímido más bien, crecía al amparo y apego de las faldas hogareñas.

Su entretenimiento favorito empezó a ser recortar papeles con la tijeras de su madre, embadurnando de goma objetos y personas. Al principio encontró alguna resistencia en la familia: siempre



Monumento a Benito Pérez Galdós en su ciudad natal.

se han considerado peligrosas unas tijeras en manos de una criatura. Pero era tan dócil el chiquillo y manejaba con tanta habilidad el temido instrumento, que pronto se le dió permiso y papel en abundancia para que se entretuviese a sus anchas.

Sus manos de niño pacífico, incapaces de lucha, progresaban por momentos en el sencillo y difícil arte de recortar monigotes. Sus criaturas no tardaron en llamar la atención de las personas mayores, y ya todos celebran su destreza. ¡Parecía mentira que un niño tan pequeño pudiera hacer aquello! Y hubo quien declaradamente se resistió a reconocer sus sorprendentes facultades. Uno de estos incrédulos fué el doctor don Vicente Clavijo, pero las niñas de Calimano le llevaron a Benito y lo convencieron.

Así, entre dulces, papeles, goma y manos femeninas, el niño, tan modosito, iba creciendo y creando su mundo; un mundo, prodigioso, de fantasía y papel.

Caricaturista Precoz

Por las tardes, lo llevaba de paseo la

fiel Teresa, Teresa Robaina, la criada de confianza, que aliviaba a doña María de los Dolores en la pesada carga de atender a prole tan numerosa. En el paseo, la muchacha hablaba algunas veces con su novio. No se constituía entonces el eterno y delicioso grupo del niño, la criada y el soldado. No. Pepe Chirino, el novio de Teresa, era un "roncote", es decir, un marinero de los barcos de la costa de Africa; feo como una noche de truenos y más curtido que las lonas de su pailebot, paseaba más que hablaba. Hecho a la soledad del mar y a hablar sólo lo indispensable para la vida, su pobreza de expresión junto a Teresa era la de un animal doméstico. ¡En largas temporadas de pesca, allá en la costa, sucedían tan pocas cosas dignas de contar! Pero Pepe, por lo mismo que era tan simple y bruto, era también noblote e incapaz de dobleces y de otros amoríos. Desde que llegaba de viaje y quedaba libre de faenas a bordo, acudía a comunicarle a su novia el regreso. Hablaban entonces un breve momento en el zaguán y, después, mientras permanecía el barco en Las Palmas, se veían por la tarde, cuando Teresa sacaba de paseo a Benito. En aquellas salidas, la figura brutal

del marinero se le fué metiendo por los ojos al niño.

Cierto día apareció pegado en el postigo del portón del zaguán un monigote de papel. Todas las personas que entraban en la casa y se encaraban con él soltaban la carcajada y celebraban el parecido. Todos identificaban en seguida al rudo y desgarbado perfil de la silueta.

—¡Es Pepe Chirino!— repetían.

Pero, en cambio, tardaban en convencerse de que la expresiva caricatura fuese también obra del pequeño Benito. Y de él era, en efecto. En ella se mostraba ya, no sólo diestro en el recorte, sino fiel observador. El chico, aunque dócil y tranquilo, no parecía tonto. Sus padres no habían de tardar en mandarlo a la escuela⁽²⁰⁾.

En La Escuela

Parece que primeramente asistió a una *amiga* que tenía dona Luisa Bolt. Esta señora, de origen británico, estaba casada con don Enrique Morera, tenedor de libros de la casa inglesa de don Tomás Miller. Daba las clases en su propio domicilio de la calle de los Malteses, a dos pasos del de Benito, y esta proximidad debió de influir sin duda en que la eligieran como primera maestra del chico. Para la enseñanza de las primeras nociones cualquiera serviría⁽²¹⁾.

De allí pasa luego a la *amiga* de las niñas de Mesa, mucho más acreditada y concurrida. Y también algo más distante. Para llegar a ella tiene entonces que pasar por la calle de los Malteses y atravesar el cauce seco del barranco que separa los barrios de Vegueta y Triana. La nueva escuela está en la calle de la Carnicería, frente al callejón de Montedeoca. En invierno, cuando crren las aguas por el barranco, el recorrido es mucho mayor: tiene que torcer por la calle de la Peregrina y la plazuela para atravesar el puente de piedra, y bajando después por la Recoba vieja, entrar ya, por la calle de la Pelota, en la de la carnicería. Aunque haya mal tiempo, Benito no se libra de asistir a la escuela. Su madre le trata con cariño, pero no con mimo, y en este punto de la instrucción de los hijos, como en otros muchos, doña Dolores tiene ideas fijas e inflexibles.

Diariamente va Teresa a llevar a Benito a la escuela y después a recogerlo. Casi siempre le acompaña también Juanito Sall, un niño juicioso y triston como él, que vive en una casa muy próxima. Es el único amigo de Benito.

La escuela consta de dos grupos de alumnos: el del cuarto chico y el del cuarto grande. El primero está integrado por párvulos, pero dentro de él hay separación de sexos: los niños se sientan a la izquierda y las niñas a la derecha, cada uno en silla o banqueta propia, que ha llevado el primer día de clase. Entre unos y otros, junto a la puerta, está la silla de la maestra; doña Bernardá está armada de caña y palmeta.

En el cuarto grande, que se halla a continuación del chico, se educan las alumnas mayores. En este grupo ya no se admiten varones. Al frente de él está doña Belén, la directora, su hermana Rafaelita y su hermano don José. Don José está empleado en la contaduría de la catedral y es un gran pendolista. El es quien prepara a las chicas por los métodos rivales de Torio e Iturzaeta para escribir cartas sentimentales a los futuros novios.

Benito, por su sexo, y por su edad, entra a formar parte del grupo del cuarto chico. Allí permanece sentado diariamente de nueve a doce y de tres a cinco. Esto de permanecer quieto y en silencio durante tanto tiempo es un suplicio terrible para la mayor parte de los niños; para Benito, en cambio, no lo es tanto, a causa de su temperamento tranquilo. Gracias a esta docilidad se libra de los castigos que otros compañeros tienen que soportar con frecuencia. Es completísimo el código disciplinario de la escuela. Una verdadera escala de penas sirve para sancionar las más diversas faltas, según su gravedad. Si la infracción o desacato ha sido leve, se ata al banquillo un pie del culpable. Los colores de la cinta empleada en esta operación expresan los diversos grados de culpabilidad. Si, por el contrario, la falta ha sido grave, las sanciones son mucho más vejatorias y mortificantes. La que más se aplica es la de *exposición*. El reo es conducido al cuarto grande, el de las chicas mayores, donde éstas, a hurtadillas, someten su orgullo a las más refinadas pruebas.

Por lo demás la escuela no es desagradable. Sus suelos están muy limpios; sus paredes encaladas, son blanquísima, y, tanto en el cuarto grande como en el cuarto chico, el sol entra todos los días a dar su lección...⁽²²⁾.

Las Procesiones de Benito

La asistencia a la escuela no modifica grandemente sus aficiones. En los ratos que tiene libres en su casa, no deja

de volver al papel, la goma y las tijeras. Con el transcurso del tiempo, los tipos y los asuntos se van multiplicando y complicando. Ahora son multitudes en marcha las que representa. Sobre todo prefiere la representación de procesiones; procesiones de papel, que desfilan por los muros de la casa y en las que no falta el menor detalle⁽²³⁾.

Constructor Romántico

Cultivando así sus habilidades, llega a realizar trabajos manuales de mucha mayor importancia y envergadura. En 1851, refugiado del cólera, con su familia, en la finca del Monte Lentiscal, acomete la obra cumbre de sus actividades infantiles. La naturaleza le ofrece allí mayor variedad de materiales; sus trabajos van a exigir ahora algo más que papel y tijeras. Para su empresa dispone, por otra parte, de todo su tiempo, sin interrupciones de clases, paseos, visitas ni otras mortificantes atenciones.

Con piedrecillas, barro, maderas, cartones, cola y otros elementos, va levantando nada menos que un pueblo. Un pueblo de calle muy pinas, casa apiñadas de altos tejados, fuertes torreones, fosos y puentes levadizos. Sobre el pueblo, una enorme iglesia de traza gótica alza su mole gris y desproporcionada. ¿De qué revista o cartulina para trabajos manuales tomaría Benito el modelo de esta construcción de líneas nórdicas, tan distante de los caseríos canarios, espaciados, chatos y blancos que le rodeaban? Fué, por lo visto, un caso único, de inconsciente romanticismo, dentro de su profusa obra de niño realista y tijeretero⁽²⁴⁾.

El Recuerdo de Los Episodios

Pasada la epidemia del cólera y de nuevo en Las Palmas, Benito reanudó su vida ordinaria con sus clases, sus paseos y sus procesiones de monigotes de papel. Y, entonces como antes, esta abundante producción de figuras de papel recortado adoleció de una falta, extraña en un niño: en la múltiple y variada colección de tipos por él representada, que abarcaba desde los pescadores como Pepe Chirino a los encopetados caballeros, desde los monaguillos al señor obispo, faltaban o estaban muy raramente representados los soldados. La ausencia de éstos sorprendía aún más, siendo Benito como era hijo de un militar. Muy raro habrá sido que su padre no hablase alguna vez en familia de sus pasadas actividades castrenses.